

La increíble aventura de

Splendida

y el misterio de las
verduras asquerosas

Sacha Azcona

 Bruño



alta  mar

Aventuras

 Bruño

- © Texto: Sergio «Sacha» Azcona, 2020
© Ilustraciones: Jesús Hugueta Enguita, 2020
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.brunolibros.es

Dirección del proyecto editorial

Trini Marull

Dirección editorial

Isabel Carril

Coordinación editorial

Begoña Lozano

Edición

Bárbara Fernández

Preimpresión

Equipo Bruño

Diseño de interior

Inventa Comunicación

Diseño de cubierta

Gerardo Domínguez

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento mecánico o electrónico, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

ISBN: 978-84-696-2843-0
Depósito legal: M-365-2020

Printed in Spain



La increíble aventura de Splendida y el misterio de las verduras asquerosas

Sacha Azcona

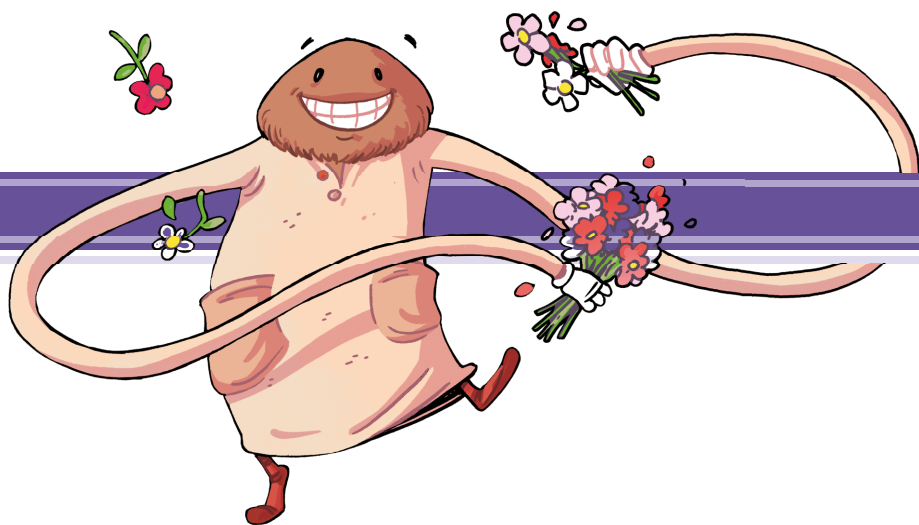


Ilustración
Jesús Huguet Enguita

Para Pablo y Julia, mi motor, mi aliento y vida.

«El mundo sería un lugar mejor para los niños
si los padres tuvieran que comerse las espinacas».

Groucho Marx

Agradecimientos

Hay dos personas a quienes debo su apoyo y cariño durante años, porque me han alentado a escribir y han hecho posible que publique: José Manuel Segura e Isabel Carril. Gracias, de corazón.

Y gracias a Perla, siempre.

La casita de ladrillo rojo

TODO se complicó el día que el Monstruoso Gigante de las Verduras lanzó a Splendida Lovingstock sobre un tomate gigante.

O tal vez los problemas empezaron mucho antes, cuando la horrible tía Evilia obligó a Splendida a comerse aquel apestoso puré de espinacas que olía a sobaco de mofeta.

O quizá (es muy probable) los verdaderos problemas comenzaron cuando los padres de Splendida se subieron a aquel cohete espacial que se perdió por siempre en algún lugar de la galaxia.

Hasta los diez años Splendida había sido muy feliz. Vivía con su madre y su padre en una casita diminuta de ladrillo rojo en el puerto de Londres. La casa estaba rodeada de fábricas

tan altas como montañas, con enormes chimeneas de color gris que escupían un humo gris que pintaba toda la ciudad de gris: las casas, los barcos y las farolas. Todo era gris. Hasta el agua del puerto era de color gris.

Sin embargo, cada mañana la mamá y el papá de Splendida agarraban unas esponjas y un cubo de agua y limpiaban los ladrillos de su hogar. Su casa era muy importante para ellos y querían que siempre estuviese limpia. Frotaban fuerte con las esponjas para quitar el hollín que se había pegado a los ladrillos hasta que recuperaban su color rojo original. Cuando terminaban, la casa roja de Splendida destacaba en mitad del color gris del puerto de Londres.

Si uno hubiese podido volar como un pájaro y recorrer el puerto desde el cielo, habría visto todo del color de la ceniza y al instante reconocería la casa de Splendida, la única con ladrillos de color rojo.

Era una casa tan minúscula que solo tenía dos cuartos: una cocina y el dormitorio, que era tan pequeño que Splendida y sus padres tenían que dormir en la misma litera: Splendida, abajo, y en la cama de encima, su mamá y su papá. Junto a la cama había una escalera de



madera sin pintar por la que subían y bajaban los papás.

La casa no tenía cuarto de baño, pero aquello no era un problema: cuando necesitaban ir, salían de la casita, caminaban veintiséis pasos al aire libre (Splendida los contó una vez), entraban en la fábrica donde trabajaba el papá como vigilante nocturno y usaban el baño de los trabajadores.

La mamá de Splendida era dulce, cariñosa y divertida, y le gustaba mucho cocinar pastel de chocolate y que Splendida la ayudase mientras cantaban canciones. Amasaban la harina, batían los huevos y repartían el azúcar mientras sus voces se unían como una sola.

A Splendida le gustaba mucho cantar, pero sobre todo le gustaba lo bonita que era la voz de su mamá. Era una voz dulce, como una brisa suave de verano que levantase a Splendida y la meciese igual que en una cuna. Cuando escuchaba la voz de su madre, Splendida se sentía como si estuviese dormida en una barca en el mar, moviéndose con el suave ir y venir de las olas. Así se sentía Splendida al escucharla.

El papá era una cosa fenomenal: cuando no estaba trabajando en la fábrica, se pasaba el día entero inventando historias para Splendida,

historias muy locas, tan llenas de imaginación que a veces sonaban absurdas.

El papá decía a Splendida: «Dime dos animales, dos colores y dos lugares en el mundo». Y Splendida le decía, por ejemplo, «una jirafa, un dragón, el color rosa, el verde, la selva y la playa».

En menos de dos segundos, el papá de Splendida le contaba la increíble historia de la jirafa verde que soñaba con conocer la playa, pero como tenía un cuello tan largo no entraba en el avión, y de cómo el dragón rosa, que vivía en la selva (porque allí es donde viven, ocultos entre los árboles más altos y las ramas más frondosas), escuchó los llantos de la jirafa. Entonces, el dragón rosa recorrió todo el mundo volando hasta llegar donde vivía la jirafa y le dijo: «No llores, jirafa, yo te llevaré a conocer el mar». Y la jirafa dejó de llorar y se subió encima del dragón y juntos recorrieron el mundo entero hasta llegar a la playa. Pero cuando la jirafa se metió en el agua estaba demasiado fría y se puso triste, así que el dragón lanzó una bocanada de fuego por su boca, calentó un poquito el agua y la jirafa pudo por fin darse un fantástico chapuzón.

Eran geniales las historias del papá de Splendida.

La vida en el puerto de Londres era demasiado gris como para vivirla sin imaginación y locura.

Como aquella otra historia que se inventó el papá de Splendida sobre un gato que no podía decir «miau» y solo sabía decir «filete con patatas». Cuando alguien lo acariciaba, el gato abría la boca y soltaba: «¡Filete con patatas!». Y la gente pensaba que tenía hambre y le traía un filete. Y él venga a intentar decir «miau», pero como solo podía decir «filete con patatas», la gente venga a traerle filetes, cuando en realidad el pobre gato estaba harto de comer siempre lo mismo y quería comer un plato de sardinas.

Splendida se moría de risa con las historias que inventaba su padre.

Sí, la vida era bonita para Splendida. A pesar de que su padre, su madre y ella eran pobres, a pesar de que Londres estaba en guerra, y a pesar de que cada mañana los ladrillos rojos de la casa volvían a estar de color gris, Splendida y sus padres se querían con locura. Con ese amor tenían suficiente para vivir. No hacía falta pedir mucho más.

Entonces, una tarde de lluvia, apareció la horrible tía Evilia.

